

Sims comparte la opinión de Reyes Heróles de que la expulsión resultó política y económicamente equivocada; y llega más lejos, al manifestar que en gran medida fue la causa de la progresiva radicalización de los grupos enfrentados. La inevitable implicación de la Iglesia en el problema, con su importante contingente de miembros del clero nacidos en España, contribuyó a dificultar la concordia, que habría sido tan necesaria en aquellos momentos. El libro tendría mayor valor si el autor hubiera completado el estudio del problema al menos hasta el último intento de expulsión, o mejor, hasta la normalización de relaciones con España; tal como se presenta dice mucho, pero no todo lo que podría esperarse de una excelente investigación sobre un problema trascendental en nuestra historia.

Pilar GONZALBO AIZPURU
El Colegio de México

Moisés GONZÁLEZ NAVARRO: *La pobreza en México*, México, El Colegio de México, 1985. 494 pp. bibl., índice analítico.

Existe en torno al problema de la pobreza en las sociedades modernas una controversia que va desde el siglo XVI europeo, sobre todo español, hasta las discusiones sobre los aspectos sociales y morales del siglo XVII. Las investigaciones institucionales y los análisis sociológicos o económicos para combatir la mendicidad y el vagabundeo del siglo XVIII precedieron a la discusión que después de Adam Smith y Karl Marx ha acompañado el desarrollo posterior del capitalismo. Dado el avance de las fuerzas productivas, que encierran tres revoluciones industriales, se trata de un fenómeno que permite salir a los pobres de su letargo y a los ricos intentar justificar lo injustificable. Así, si bien pobres ha habido en todas las sociedades de clases, con el surgimiento de la capitalista, la depauperización es inexplicable si se desvincula del proceso de acumulación.*

Al revisar la legislación y las acciones de la clase dominante a favor o en contra de los pobres, el más reciente estudio de Moisés González Navarro muestra la prevalencia de actitudes y modos de

*Véase, Bronislaw GEREMEK, "Criminalité, vagabondage, paupérisme: la marginalité à l'aube des temps modernes", en *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, XXI, julio.-sept., 1974, pp. 359-367.

pensar reformistas desde el México colonial hasta el presente. En muchos sentidos *La pobreza en México* es un libro que en forma directa enfrenta al lector con el pensamiento de una burguesía mexicana, que no obstante no saber bien a bien qué hacer con los pobres, tampoco puede vivir sin ellos. Su conformación social como clase no se explica ni económica ni ideológicamente sin los pobres. Ésta se configura más claramente a partir de 1910, y después en forma intermitente, como una cruzada contra el socialismo, esa “amenaza” siempre acechante en la situación objetiva de los pobres. La visión de “los de abajo” reúne en el mismo frente a expositores tan diversos como el liberal jacobino (Ignacio A. Ramírez), el liberal conservador (Justo Sierra) y el liberal católico (José López Portillo y Rojas).

En efecto, tanto los liberales como los conservadores mexicanos del siglo XIX sueñan con enganchar la República al ferrocarril del progreso. Pueden distanciarse en cuanto a la función de la religión en la sociedad, para reencontrarse rápidamente con el acuerdo sobre la división entre moral y economía, pero sobre todo con el del sometimiento de las clases bajas. Unos y otros temen el socialismo. En este sentido Zavala, Mora, Gómez Farías, Alamán, Prieto, Ramírez, Vallarta, Pablo Macedo, Otero, Sierra, etc., son los forjadores de “la patria mexicana”, que con la liberalización de la economía pugnada por la Reforma, tenderá a agudizar las diferencias entre ricos y pobres, entre capital y trabajo. Así, nos dice el autor que con los ferrocarriles vuelve a despegar la economía mexicana, postrada desde las luchas de independencia, pero justamente despega también la pobreza. Abrirse a esta clase de modernidad y progreso implica entonces, casi por necesidad, la profundización de una dinámica de desigualdad social. Del mito del progreso basado en el darwinismo social participan tanto no creyentes como católicos, el cual, frente a la masa de desaseados y andrajosos (muchos de los cuales “hubieran necesitado pagar un día de sueldo para cortarse el pelo y bañarse”), se empeña en sostenerse y desplegarse.

El estado moderno en su no tan larga historia, como se ha hecho sentir y creer, se ha constituido básicamente desarrollando funciones ambivalentes que oscilan entre acciones paternalistas de protección hacia los pobres y aquellas tareas represivas para la salvaguarda del orden y la “seguridad pública”. Los pobres, por su parte, se han amotinado y asaltado graneros, han atacado a los hambreadores y especuladores y han organizado huelgas. Así, los pobres, no sin razón, representan una amenaza latente, de vez en

cuando explosiva, para su estado que cimienta su sobrevivencia en la defensa de los intereses de una clase.

Si bien de muchas formas se sabe que el proceso de depauperización en vez de decrecer tiende a aumentar, una de las aportaciones del trabajo de González Navarro es mostrar —al verificar la aplicación de recursos económicos, como limosna o en forma de presupuestos— cómo se han tejido históricamente las redes de una ideología que recuerda a Maquiavelo al sentenciar que si se perdían los lazos entre ricos y pobres, el poder del príncipe se vería siempre amenazado.

En este marco creemos que de las tres categorías utilizadas por el autor —pobreza, marginalidad y enajenación—, la tercera adquiere un realce especial, y lo identifican con la mirada escéptica de Schopenhauer que descubre en 1851 la simetría entre pobreza y esclavitud, y con la denuncia crítica de Marx al señalar en 1858 que nada podía ser más fácil que ser un idealista a costa de los demás. Así González Navarro en la introducción: “El capitalismo no sólo le hace creer al hombre que es libre, sino que erige en ideal de su vida el insertarse en ese sistema y ayudarlo a funcionar . . . Hoy el capitalismo puede dejar físicamente libres a sus esclavos porque sabe que psicológica e ideológicamente le están sujetos, si por casualidad escapan no les quedaría más remedio que retornar, pues es su único medio de sobrevivencia. . . En fin, enajenación es la inexacta concepción de las relaciones de dominación entre las clases. . . En México la clase dominante acepta esta situación en parte porque considera perfectible la Revolución Mexicana.” En la profundización del fenómeno de la pobreza, cuantificable mediante indicadores preestablecidos, hablar de marginalidad es sólo señalar uno de los aspectos de disfuncionalidad inherentes al sistema capitalista; pero referirse al de la alineación es intentar ya penetrar en el drama de la pobreza en una sociedad como la mexicana. Es atisbar en los juegos secretos de la ideología de una clase política (laica, eclesiástica o empresarial) que sabe crear mitos como el de la Revolución Mexicana, y favorecer instituciones de beneficencia que en nada ayudan a modificar a los pobres su estado de “envilecimiento físico y mental”. Habría que plantear entonces si en vista de su superación, no convendría pensar en la sociedad como un gran hospital o una inmensa cárcel. Esta idea sugerida de algún modo en el trabajo de González Navarro, recuerda a Gramsci y a otros autores preocupados por dismantelar los mecanismos de opresión de una sociedad que se reproduce sobre estas bases.

El estudio de Moisés González Navarro sobre el México pobre

expresa la desilusión ante las promesas no cumplidas de la Revolución. Destacan la magnitud de la empresa —cinco años de investigación con base en informes oficiales, periódicos, folletos, estadísticas, obras literarias y algunos archivos—, y la agudeza crítica de algunas de sus observaciones. Éstas, sin alejarse de la ironía a veces un poco agria, tienen la ventaja de ser el resultado de una preocupación más o menos constante en la larga e importante producción del autor. Así *La vida social durante el porfiriato*, *La guerra de castas en Yucatán*, *Población y sociedad*, *Anatomía del poder en México*, van apuntalando la presentación de nuevas fuentes y nuevos problemas de la historia social mexicana, relacionados con el pensar y hacer de la burguesía en torno a los pobres.

Aunque la organización del trabajo de González Navarro descansa en lo temático, los encabezados de las seis partes que lo componen sugieren una periodización cuyo eje central es la Revolución Mexicana, ésta entendida como la consumación del triunfo de los liberales del siglo XIX. El autor constata las modificaciones en las relaciones entre la Iglesia y el Estado en cuanto a la atención de los pobres se refiere. En una primera fase que dura tres siglos y medio, domina la tradición de la caridad colonial. La administración de la caridad eclesiástica contempla desde el heroísmo de algunos misioneros y clérigos del siglo de la Conquista hasta el desfallecimiento de las órdenes hospitalarias en las postrimerías del siglo XIX. Con la Reforma disminuye la creación de instituciones de beneficencia privada. Esta segunda etapa tropieza en sus inicios con los vacíos legislativos para atacar la miseria. Predomina todavía la idea de que la filantropía es una cuestión privada y no una obligación del Estado. “La caridad pública sólo debería imervenir en los infortunios inevitables; la privada en amparar huérfanos, proteger ancianos y curar enfermos. . .” Pese a que los porfiristas rechazaran que el capitalismo fuera la causa de la pobreza, poco a poco tuvieron que reconocer la insuficiencia de la caridad privada para aliviar las tensiones sociales que iban *in crescendo* a partir de la primera década del siglo XX. Así fue cómo “aunque a regañadientes y con cuentagotas, la beneficencia pública sustituyó a la caridad eclesiástica y la de los particulares”.

Las dos primeras partes del libro, entonces, nos hablan de la lucha en torno a la desaparición de los impedimentos para el desarrollo del capitalismo en México, cosa que afectará los modos tradicionales de ver y de atender a los pobres. En el transcurso del desplazamiento de la Iglesia y de los pueblos de indios; mientras éstos son expulsados a los nuevos centros de producción para mal-

baratar su mano de obra, la gente de la Iglesia, en cambio, se adapta a la nueva situación. Actitudes piadosas y férreas prácticas calvinistas, puritanismo y darwinismo social parecían no afectar el “catolicismo” de la clase dominante. Por su parte, los jerarcas eclesiásticos parecían preocuparse más por “la longitud de las procesiones, la altura de las catedrales y la abundancia de las veladoras y los exvotos, que por la caridad”. La revolución constitucionalista, al vencer el reformismo católico, colabora para acabar con tales ambivalencias: la de los ricos al sentirse obligados a dar limosna y buen ejemplo, y la de los pobres en el sentido de verse orillados a sobrellevar su miseria con resignación. Con todo, pese a que la Constitución de 1917 ahondó la brecha entre la Iglesia y el Estado, existía un acuerdo implícito en seguir llamando a la población a mejorar la situación de los pobres, pero sin tener que “enemistarse con los ricos”. “Y ante el creciente abandono de los templos, la jerarquía procura salvar a los obreros del influjo ‘socialista’ incluso buscándolos en las fábricas y ‘aun en los tugurios’ . . .”

Las cuatro últimas partes se refieren a los intentos del Estado por insertar a los “débiles” en un proyecto social cimentado sobre la idea liberal del progreso, no sin fusionar en nuevas secretarías o dependencias paraestatales la beneficencia pública y privada. A lo largo de estas páginas la creación de instituciones encargadas de aliviar, cuando no de administrar la pobreza, se ven invadidas por una retórica triunfalista, que no puede ocultar, pese a todo, la inmensa presencia —no sólo por sus números— de los que carecen de lo indispensable como para estar en concordancia con los ideales del progreso.

Tras la pantalla de las estadísticas que muestran los logros de la asistencia social pública, se esconde el drama social del antagonismo entre las clases. El drama crece cuando se observa que del mantenimiento de ese equilibrio inestable depende la suerte del mismo Estado. Consciente de ello, el entonces presidente López Portillo declaraba en 1981: “Que no se pierda la libertad por soportar los excesos de los ricos, que no se pierda por enfrentar las reivindicaciones de los pobres.”

Si bien el libro no es de fácil lectura dado su carácter descriptivo —funciona en el autor una especie de pudor reverencial ante los materiales de la historia—, sí logra transmitir en forma coherente el espectáculo, en apariencia inasible, de la pobreza en México. Desde que se descubre el telón hasta que se cierra hay que transitar por un bosque de palabras, sólo de vez en cuando iluminado por

ciertas señales indicativas del rumbo, de modo tal que el sentido del texto está sugerido en tanto que la mirada corre sobre un fresco lleno de filántropos y prostitutas, de clérigos y huérfanos, de políticos, leones y rotarios, de enfermos y analfabetas. En ello el autor sigue la inspiración impresionista.

Guillermo ZERMEÑO PADILLA
Universidad Iberoamericana

María del Carmen VELÁZQUEZ: *El Fondo Piadoso de las Misiones de Californias. Notas y documentos*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1985 (Archivo Histórico Diplomático Mexicano. Cuarta época, núm. 17). 535 pp., índice de nombres, 2 facsímiles pleg.

La colección del Archivo Histórico Diplomático Mexicano presenta en este volumen un cuerpo de documentos que pueden resultar de interés para el estudio de la historia de la península de Baja California, del desenvolvimiento de las misiones en la primera mitad del siglo XIX, del funcionamiento de fondos sujetos a la Real Hacienda, de la vida en las haciendas, y de proyectos, presupuestos y reglamentos de colonización. Para todo ello pueden aprovecharse los datos que se proyectan en inventarios, informes, cuentas y dictámenes relativos a las propiedades que constituyeron las inversiones del Fondo.

El Fondo Piadoso de las Californias generó una abundante documentación desde la época de su pertenencia a la Compañía de Jesús hasta su extinción, a mediados del siglo XIX. Afortunada y excepcionalmente se conserva gran parte de las escrituras relacionadas con los capitales y bienes inmuebles destinados a las misiones y con su régimen administrativo; el libro de María del Carmen Velázquez presenta una interesante selección de tales escrituras. El minucioso trabajo de recopilación se enriquece con un estudio introductorio que ocupa más de la tercera parte de la obra, y, por tanto, no puede considerarse una simple publicación de documentos sino algo más útil y expresivo.

El estudio introductorio se refiere de un modo muy general a las características de la península de Baja California y a la actuación en ella de los misioneros jesuitas. Quedan al margen las cuestiones relativas a la evangelización y apenas se menciona la gestión de la Compañía de Jesús como organización administradora de los